

PATXI ZUBIZARRETA

Guarda el secreto

Manual para brujas

Ilustraciones de
ELENA ODRIÓZOLA

ANAYA



Título original: *Atxiki sekretua*

© Del texto: Patxi Zubizarreta, 2007
© De la traducción: Manu López Gaseni, 2007
© De las ilustraciones: Elena Odriozola, 2007
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2007
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, octubre 2007

ISBN: 978-84-667-6274-8
Depósito legal: M. 2846/2007
Impreso en GRAFO
Avda. Cervantes, 51 (DENAC)
48970 Ariz-Basauri (Vizcaya)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

PATXI ZUBIZARRETA

Guarda el secreto

~Manual para brujas~

Traducción:

Manu López Gaseni

Ilustraciones:

Elena Odriozola





Un pasado muy lejano

~El primer viaje~





Graciana

Aunque hoy en día suene extraño, yo nací en una casa que no tenía ascensor. Vivía allí con mis padres y con mi hermano Miguel, que es cuatro años mayor que yo. Mi amiga June también vivía en la casa, y el tercer piso lo ocupaba una anciana que, según decían, estaba mal de la cabeza, estaba ida o le faltaba un tornillo: era la señora Graciana.

Por aquel entonces, mi hermano Miguel estaba convencido de que las brujas no existían. Algunas veces, cuando estaban jugando al fútbol, le daban tan fuerte al balón que se les quedaba encajado en el balcón de Graciana. Al principio, ella les devolvía el balón; pero más tarde, como cuando le rompieron los cristales de la ventana, Graciana se quedaba con él, o, ciega de rabia, se lo rajaba con un cuchillo, ¡zas!, y lo devolvía pinchado.

Mi hermano Miguel estaba convencido de que las brujas no existían, pero cuando la anciana les devolvía el balón rajado, él y sus amigos le gritaban «¡Bruja!», aparte de fea, asquerosa, zarrapastrosa y otras cosas peores.

—Me da que está empezando a perder la cabeza —le decía mamá a Miguel—. Tienes que tener paciencia. La pobre es muy mayor y vive tan sola...

Papá también estaba de acuerdo en que las brujas no existían. Pero después, cuando nos contaba cuentos, siempre andaba bruja va y bruja viene. Y en una ocasión escuché que le decía a mamá:

—La bruja de arriba me acaba de dar un susto de muerte en la escalera. Estaba subiendo los peldaños de dos en dos y, de repente, se ha apagado la luz, así que me he puesto a tantear a ciegas hasta que he tocado algo blando y he notado un olor apestoso. Se me ha puesto un nudo en la garganta y, cuando ha vuelto la luz, me he encontrado a esa vieja bruja delante de mí, mirándome con sus ojos rojos, y por poco se me escapa un grito...

Eso, o algo parecido, fue lo que le dijo a mamá, pero lo que es seguro es que llamó bruja a Graciana, bruja, lo mismo que hizo Miguel. Parecía que mamá era la única que la defendía:

—Esta mañana me he encontrado con ella en el portal. Me ha dicho que duerme durante el día, porque por la noche hay que andar con cuidado con los ladrones. Ella sola, con los años que tiene, no es de extrañar que le entren manías, la pobre...

Un día, me acuerdo muy bien, Miguel y sus amigos estaban muy enfadados. Graciana les había pinchado otro balón, aun así siguieron jugando hasta muy tarde,





jugando y maldiciendo a la anciana. Cuando se cansaron, cogieron unas piedras y se acercaron a los cubos de basura.

Al poco tiempo, apareció un gato negro; y nada más empezar a olisquear la basura, le lanzaron una lluvia de piedras.

—¡Bruja, más que bruja! —gritaban.

Yo no entendí nada hasta el día siguiente. Había visto a Miguel y a sus amigos apedrear a los perros y a las palomas, les había visto reventar ranas y murciélagos tras llenarlos con humo de los cigarros; pero aquello era distinto, aquello era muy distinto.

Al día siguiente, todos trasteábamos por los alrededores de la casa, pero Miguel y sus amigos no jugaban al fútbol. Permanecían muy quietos, en silencio, como esperando a que sucediera algo. Y, por fin, al anochecer, apareció la anciana del tercero a bajar la basura, cojeando ostensiblemente y con una tiritita en la cabeza.

—¿Lo veis? —dijo Miguel—. ¡Ella era el gato que ayer revolvía en la basura! ¡Le dimos en la pata, y hoy cojea. Le dimos en la frente, y ahora lleva una tiritita! —Y todos echaron a correr, gritando—: ¡Bruja, más que bruja!

—¡Inquisición! ¡Ya veréis cuando os pille! —gritó Graciana, agitando su bastón.

Desde aquel día, Miguel y sus amigos no volvieron a jugar al fútbol. Al anochecer se armaban de piedras y permanecían al acecho. Pero nunca aparecía ningún gato. Tampoco Graciana. Así que empezaron a escribir en las paredes de la casa cosas feas con el filo de las piedras: «LA VIEJA DEL 3º BRUJA PIRUJA».

Semanas después, un día que se nos había hecho tarde, mamá nos llamó desde la ventana. Antes de subir, Miguel lanzó una piedra hacia el cielo, y, cuando miró para arriba, ¡le cayó justo en medio de la frente! Empezó a sangrar mucho, y yo me asusté, y grité, y me desgañité chillando, hasta que papá y mamá lo llevaron al hospital.

Aquella noche me quedé en casa de June, esperando impaciente a que regresara Miguel. Estaba junto a la ventana cuando, de repente, vi a Graciana en la acera. Todavía cojeaba, iba tirando de su carro de la compra y se detenía de tanto en tanto para rebuscar en las papeleras o en los cubos de basura.

—Pobre mujer —dijo la madre de June, igual que lo había hecho la mía—. Ayer se cayó por las escaleras, ¡es lo único que le faltaba!

No trajeron a Miguel hasta la mañana siguiente, luciendo un parche enorme en la frente.

—La bruja me ha echado mal de ojo... —susurró—. Estoy seguro.

A partir de entonces Graciana se esfumó igual que los murciélagos al amanecer. Solo se me volvió a aparecer en alguna que otra pesadilla. De forma que todos terminamos olvidándola. Incluso Miguel y sus amigos, que ya ni jugaban al fútbol alrededor de la casa ni se quedaban a vigilar las basuras. Empezaron a ir a otro parque. Y yo, los acompañaba.

Sin embargo, un día mamá se acordó de Graciana:

—Mira qué trae el periódico —le dijo a papá, señalando con el dedo hacia arriba—. Por lo visto, cada vez aparecen más ancianos muertos en sus casas...

Cruzaron una mirada seria y silenciosa, igual que cuando surge una urgencia o pasa una desgracia, como cuando el accidente de Miguel.

—No os mováis de aquí, ahora volvemos —nos ordenó papá a Miguel y a mí.

Subieron a casa de la anciana y llamaron al timbre, pero nadie contestó. Llamaron al piso de enfrente, pero ellos tampoco la habían visto últimamente. Fue entonces cuando llamaron a la policía.

—Esa bruja estará por ahí volando con su escoba —me dijo Miguel cuando llegaron la policía y los bomberos.

Pero Graciana sí estaba en casa, y tuvieron que sacarla de allí en brazos, y no sobre su escoba. Y, aunque tenía los ojos muy abiertos, daba la impresión de que no veía nada. Mientras la sacaban, toda la escalera se inundó de un olor apestoso, mil veces mayor que el que despiden las basuras con el calor del verano. Y, cuando nos



asomamos a su puerta, comprobamos que tenía la casa repleta de bolsas de basura, todas amontonadas y revueltas.

Los basureros necesitaron toda una mañana para vaciar la casa, y la semana entera para desinfectarla. Y mientras Graciana seguía en el hospital, los vecinos hicieron una reunión y decidieron instalar un ascensor en el hueco de la escalera. Miguel y yo acompañamos a nuestros padres al hospital para darle la noticia a la anciana. Además, nosotros también teníamos algo que decirle:

—Con ascensor o sin él, de ahora en adelante la basura es cosa nuestra. Un día se la baja uno y otro día el otro.

Desde entonces, una enfermera empezó a venir a casa de Graciana dos veces por semana, y una asistente



a diario para las tareas domésticas. Y Graciana se fue recuperando, y ya no parecía en absoluto la anciana enferma e infeliz de antes. Y desde entonces Miguel no volvió a pronunciar la palabra bruja, y mucho menos fea, asquerosa o zarrapastrosa. Y, extrañamente, fue entonces cuando yo pude conocer a una auténtica bruja.

Todo sucedió muy poco a poco. Una vez, con la excusa de la basura, me quedé un buen rato hablando con Graciana; en otra ocasión, con la disculpa de las vacaciones, estuvimos charla que te charla hasta muy tarde. Hablamos sobre muchas cosas: la escuela, los padres, mi hermano, los amigos... Pero, sobre todo, me contaba cuentos —ella los llamaba «historias de antaño»—. Se ponía a contar e iba encadenando un cuento con otro, como si tal cosa, y yo los escuchaba fascinada.

Aunque había pasado el tiempo, yo recordaba perfectamente que no hacía tanto que Miguel y papá habían tomado a Graciana por bruja, palabra que aparecía una y otra vez en aquellas «historias de antaño». Por si fuera poco, su forma de contarlas, aquellos frascos de hierbas que guardaba, Demonio, el cuervo que tenía en casa..., todo me resultaba sospechoso. Así que, un buen día, lo solté:

—Graciana, ¿tú crees en las brujas?

Permaneció un buen rato en silencio, igual que cuando te dicen que algún conocido ha tenido un accidente. Primero miró a su alrededor y después me miró muy seria a los ojos, antes de responderme:

—Todas las cosas que se cuentan, existen; pero hay que guardar el secreto —sus palabras fueron «mantener el secreto»—: no admitas que existen.

Y, a continuación, me confesó:

—Me haces mucha compañía, Joana. Antes de que empezaras a visitarme he estado muy sola. Ahora tu presencia es el mejor regalo para mí, pero yo te voy a corresponder...

Y su regalo llegó antes de lo que pensaba, justo el día que cumplí siete años.

De aquí al akelarre.

Por debajo de todas las nubes.

Por encima de todos los matorrales.

Una hora para llegar.

La noche entera para holgar.

Una hora para regresar.

¡Salto y fuera!

ISBN 978-84-667-6274-8



9

1541088

ANAYA
www.anayainfantilyjuvenil.com